

# LA TIA

Erasto León Zurita



CARMENSA.



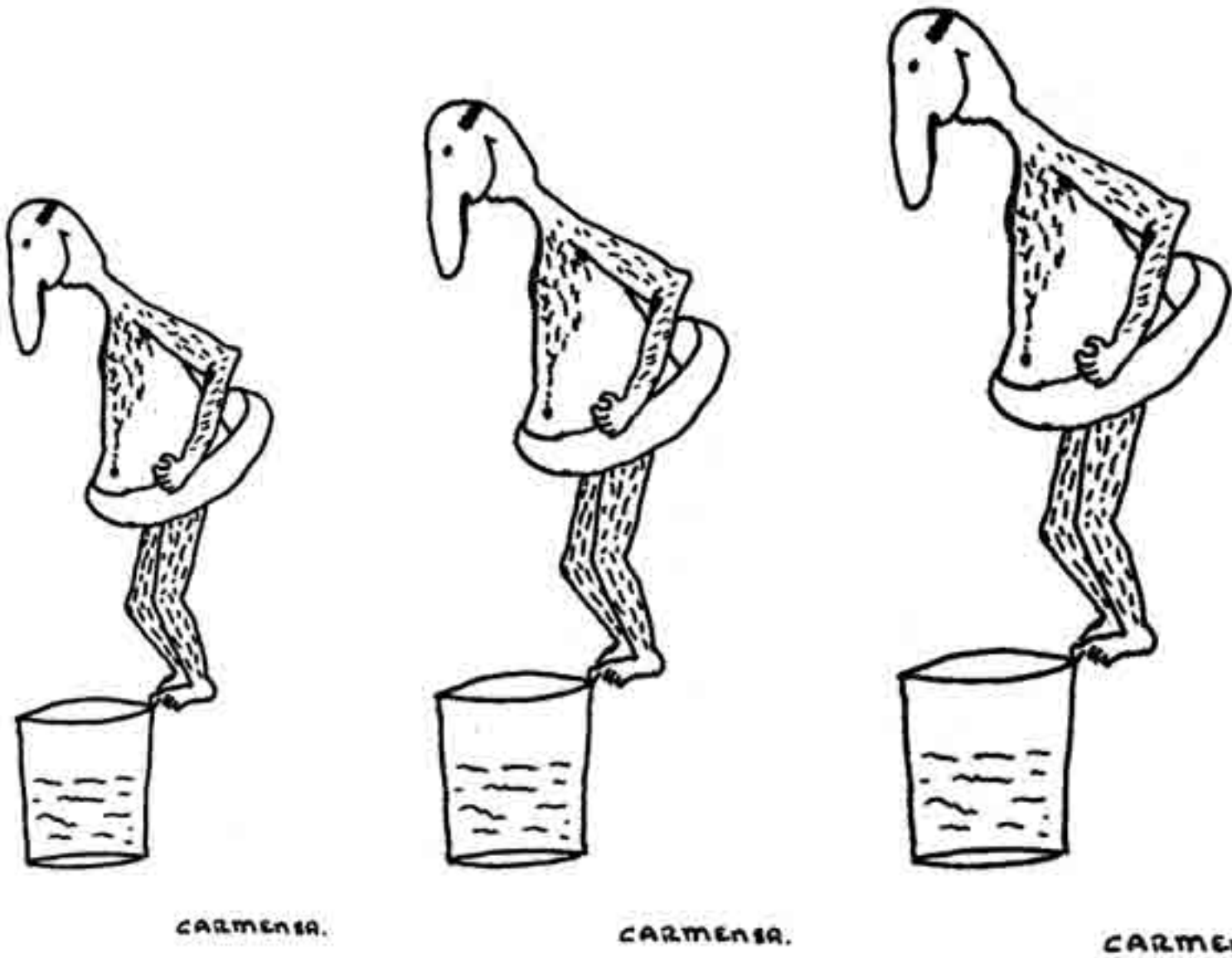
CARMENSA.



CARMENSA.

Estos días son especialmente para ella; de animación, sabe sacarle jugo a las cosas de la vida, es muy callada, pero cuando se suelta hablando no hay quien la pare; de tantos años que tiene de vivir ya ni se acuerda cuántos exactamente son. Sin embargo, se conserva joven; sus ojos adormecidos y sus dientes de oro la hacen orgullosa y cuando se ríe parece que nunca va a dejar de hacerlo. El día que decidió casarse lo hizo sabiendo que hacerlo era su muerte —el que por su gusto se muere, hasta la muerte le sabe— dijo cuando el médico de la farmacia de la ciudad le dijo que estaba mal del corazón, y así por el estilo es para todas sus cosas, en los años que lleva viendo acontecimientos de la vida, ha visto muchos que han dejado su huella en la conciencia de las gentes de acá de este lado, y cuando platica conmigo me mira con sus ojos que ven más allá de lo que uno cree que ven.

Aquellos tiempos en que el pueblo se llenó de rabia, fue la única que se salvó de enrabiarse, muy viva, nomás se dio cuenta del grave problema y que en lugar de comer frijoles o tortillas lo que hizo fue comer ajo durante meses hasta que el último burro y el último pájaro rabiosos se murieron. No se quedaba atrás en nada, siempre le salía adelante a las cosas, días después de la llegada de los gringos a la luna se enojó mucho porque ya no llovió y llegó a la conclusión seria de que era culpa de los astronautas por haber ido a cerrar las llaves del cielo allá arriba, se puso a rezar con ganas y harta fe y a los trece años logró que cayera agua en abundancia como para inundar el valle. Fue cuando llovió no solamente agua sino peces, ranas y renacuajos, y el agua les llegó hasta el pescuezo a las personas y a los animales; por eso es que ella decidió muy seriamente rezar para que todo eso se calmara un poco, el cielo se enojó y ella comprendió que en esta vida no hay gustos cumplidos. De allí le nació la costumbre, que ya era costumbre vieja en las gentes del



valle y de la sierra, de hacer la peregrinación, al pueblo de Juquila. Era cuestión de caminar tramos a pie y tramos a rodilla, sin dejar de rezar y darse golpes de pecho hasta no quedar, enfrente del altar mayor, allá en el templo de Juquila.

Y desde entonces, durante sesenta años de su vida así lo hizo, y con todo eso, le dio tiempo de enterrar a sus padres, a sus abuelos, a sus bisabuelos, a sus tatarabuelos, a sus hermanos, a sus hermanas, a sus hijos, a sus nietos, a sus contemporáneos, a sus bisnietos; dura y maciza; en el campo y en la cocina ella se pintaba sola y no había quien le llegara a los talones. Sin embargo, fue muy mujer y muy mujer murió.

El día que eso sucedió, llegó al pueblo una plaga de piojos y todos pensamos que sucedió porque ella, casi santa, se había ido al viaje sin retorno, y que los animales esos antes no llegaban porque la tía con un padre nuestro los espantaba.

Cada año la recuerdo, como por estos días, y siempre es la misma, nunca ha cambiado, ni para bien ni para mal, reza y reza por ella y por los demás. Ama a tu prójimo como a ti mismo —decía con sus ademanes y su persona que parece que nunca existieron.

Si no fuera por ella, yo no me hubiera enterado de que hubo antes una revuelta en la nación, y que se mataron muchos y corrió la sangre como chorros de agua sucia, ni sabría que hay un Dios que todo lo oye, ve y calla, y que el destino no lo hacemos nosotros sino que viene de arriba, y que viniendo de allá arriba, como la lluvia o el viento, nadie lo puede parar.

Cuando más solo me siento y más triste, ella viene a consolarme, como ahora que está aquí, sentada junto a mí, viéndome con sus ojos adormilados y sonriendo con sus dientes de oro, envuelta en su rebozo negro.